

A la buena gente, llamarla por su nombre

Alejandro Sandoval* |

* Chef, maestro chocolatero, paisajista. Estudió artes plásticas en nivel maestría en historia del arte en Avignon. Fue catedrático de la Universidad Javeriana, asesor del alcalde de Bogotá Antanas Mockus y asesor en espacio público de la Cámara de Comercio de Bogotá. Correo: s.a.locrudoylococido@gmail.com

Evocaría las Universidades Centrales que conocí al nombrar a personas geniales que, en su momento, resolvieron problemas sociales, económicos y culturales teniendo el cuerpo y la salud de las personas como derroteros de la ciencia; algunos nombres aparecen como salidos de un sombrero porque pensaron el estudiar como barómetro de la calidad de vida.

Serían solo palabras: *gente, calidad de vida*. Estas tienen un significado diferente por tratarse de algo sucedido en un centro de educación superior habitado por profesores, estudiantes y administrativos, si es que queremos un ambiente donde las personas deseen ir a trabajar todos los días; en este caso, ir, estudiar y producir conocimiento. Estudiar sería un terreno abonado por la investigación, la creatividad, la disciplina, etc. En mi opinión, y si mal no estoy, a este parámetro se le podría sumar un determinante inusual: lo sabroso. Y es que, para estar bien, uno tiene que tener buena salud; entonces, sería un grupo humano con gentes sanas y bien dispuestas. De lo contrario, se puede estar confundido con pagar para estar parchado simulando la vida, y es que estudiar, por pesado que se quiera, implica gustar de ser inteligente, leer, escribir, problematizar; es resolver problemas como método del ser y del estar para proyectarse y trabajar, vivir de eso.

Tendría el honor de haber sido invitado dos veces a trabajar en la UC —con un doctorado en geografía urbana de la Sorbonne de por medio—. La primera, siguiendo el recorrido del combatiente —profesor taxi, de cátedra—, y eso luego de haber sido asesor del espacio público durante el gobierno distrital del alcalde y profesor Antanas Mockus, el de la cultura ciudadana; ahí llegué a pensar que ese sería mi momento. Para entonces, la Universidad Central era un epicentro de jóvenes que participaban del medio académico, muy entusiastas y

discutidores de todos los temas de mayor relevancia para el país; hasta creo haber visto manifestantes para que el presidente Pastrana no presentara su gran proyecto de implementar la siembra casi obligatoria de transgénicos en Colombia, desde su famosa reunión de Cartagena... Aún me gustaría que Colombia, por su geografía, no fuera el escenario exclusivo de ciertos cultivos que, por la forma de comerciarse, solo pueden acarrear más corrupción, tan buenos son.

Serían unas oficinas de humanidades y de sociales que quedaban más o menos donde hoy queda la portería; allí, todos los días, se encontraban, atiborrados y hasta altas horas de la noche, sin que hubiera sillas para todos, jóvenes y profes de todas las carreras, cuestionando textos, películas, arte, ciencia y tecnología. Hasta el porte de la corbata fue ampliamente discutido. En verdad, sorprendía la disponibilidad general para emprender diálogos y proyectos con estudiantes y profesores voluntariosos; así fue fácil organizar eventos, congresos o salidas de campo. Todo, con algo muy extraño: siempre de la mano de “la escuela de pedagogía”, liderada por mujeres —si no estoy loco, psiquiatras— de un valor intelectual difícil de encontrar. Gloria Alvarado y Marta Baracaldo llegaban todos los días, muy bien cargadas de libros subrayados, frescas, a dar línea con manojos de ideas por estudiar. Aún no sé por qué se hablaba tanto de plagio, de problematizar (problema resuelto); en ese entonces no se conocía la inteligencia artificial, ni siquiera para repetir lo que dicen los libros o para hacer tareas.

Luego llegaría una segunda invitación: participar como docente en la Central, pero a tiempo completo y después de transitar por Europa y Asia como chef; nuevamente, con la carga de llevar a discutir las humanidades y las supuestas ciencias humanas y sociales para un público cada vez más exigente, inconforme con su lugar en la historia y en la sociedad; paradójicamente, cada vez más conectado y aislado de la escuela tradicional, más inteligente que artificial. Fue dar el paso de leer en la biblioteca libros, periódicos y revistas, con internet recién aparecido, a consultar chats de IA para estudiar; ¡una vuelta de tuerca, diría James, Henry, no el Rodríguez de la selección nacional!

Surgirían entonces tareas como diseñar desde cero ofertas académicas, lo que es una delicia, un bocado de cardenal: currículos superinteresantes para su momento. Con el arquitecto urbanista *Fernando Viviescas* hicimos, o más bien proyectamos, con la ayuda del melómano, percusionista e ingeniero mecánico *Aliex Trujillo*, alias el *Cubano*, la “carrera de Diseño”, carrera que pensamos —de seguro— le hubiera cambiado el caminado a la UC por sus implicaciones sociales y su impacto en el mercado de la educación. La propuesta se fue a pique supuestamente porque usamos mal y en público la palabra “modernidad”, palabra que en su momento se malinterpretó después de dos años de arduo trabajo. ¿Una discusión sobre la modernidad? Eso hay que vivirlo para contarlo, loquito tropical.

Proyectaríamos revistas en reuniones tan interesantes como interminables por lo elocuentes. Serían tiempos que requerían de la paciencia del maestro *Isaías Peña*, tratando de organizarnos en consejos de redacción: argumentábamos sobre lo destacable, lo políticamente incorrecto, las críticas, los artículos y los concursos que mantenían un hervidero de ideas y de participación estudiantil, de un escaso modo vital. De los concursos recordaría dos, y eso por razones estrictamente personales: 1) porque me los gané con el sudor de mis plumas, y 2) porque eso implicó celebraciones, alegría y amigos.

Mientras cursaba el Taller de Escritores, también con *Óscar Godoy*, ganaría el primer premio del Concurso Internacional del Taller de Escritores de la Universidad Central (TEUC), en 2007, con un disparate de cuento geográfico, “La casita azul”, sobre cómo, en el barrio de los burdeles, donde ahora quedan las universidades Central y Tadeo, allí tras el cementerio de Las Nieves, un mundo vio a mi papá perder su adolescente virginidad; también, su muerte (*Hojas Universitarias*, 60, 2008, pp. 152-156). Y en cuanto al segundo, con ese bienestar universitario cuya directora, *Luz Amanda Salazar*, me permitió crear un concurso de artes plásticas donde participamos todos quienes quisimos en la universidad. Me imagino que el primer ganador del Salón del Artista pudo ser el muy honesto artista plástico y decano de Ingeniería *Julio Mario Davis*; allí participábamos todos, desde el personal de apoyo hasta miembros del Consejo Superior, pasando

por estudiantes y profesores, con nuestras fotos, dibujos, esculturas, *performances* y pinturas; concurso que pomposamente llamamos “El Salón del Artista”, salón del que esperé a que me retiraran del comité organizador para ganármelo, con una obra hoy en posesión de mi médico/chamán/curandero: “Sana que sana, culito de rana” (ganador, 6.º Salón del Artista, Universidad Central), un tríptico porno-batraco con alusiones sanadoras de la sabana de Bogotá.

Me saltaría, como las ranas en agua caliente, a ese otro proyecto de diseño curricular de una carrera de gastronomía que nos fue encomendado y por el cual representamos a la UC en el V Congreso de Cocinas Andinas de Quito, pero que también se dañó por razones procedimentales, creo yo. Esta vez, no por una palabra, sino por una carta de más por fuera del protocolo, por lo que agradezco a la providencia; de no ser así, tal vez estaría pelando papas hasta hoy, en vez de vivir, y en directo, la desinformación de la tercera guerra mundial por TikTok.

Faltaría dar un brinco por haber tratado de roer un hueso más duro, si no el más importante, por tratarse de influir en mejorar la calidad de vida de los habitantes de la UC. Convencido de que todo entra por la boca, desde mi perspectiva, que es esta: en la naturaleza ningún animal elige comer su propio veneno como alimento, ni lo busca ni lo publicita. ¡Error: nosotros sí! Nos encanta la comida ultraprocesada, los aceites vegetales, los disruptores endocrinos, así nuestro médico nos lo prohíba. Si señalamos los contenidos de las vitrinas, podríamos iniciar la tarea de ser críticos frente a la calidad de la alimentación; nosotros, en Colombia, desde jóvenes, desde nuestra primera infancia *in utero* y hasta en los huesos más viejos, tenemos una dieta sin control del Estado, libertaria, culturalmente insalubre (todo lo cocinamos en ollas de aluminio o pintadas con teflón), un ACPM de sustancias inflamatorias. Esto fue confirmado y se exacerbó durante la pandemia, por lo que aquello que parecía ridículo, como de pequeño burgués en su momento —explicar a las personas el alcance de la nutrición—, lo hicimos pacientemente en dupla con el doctor Luis Enrique Ardila: dictamos talleres y clases explicativas de nutrición con énfasis en la inflamación que causan tanto la glucosa como el estrés y el sobrepeso...

Una guerra lamentablemente perdida, pues, si se considera que las enfermedades de mayor incidencia para la salud en el mundo están relacionadas con la calidad de nuestras emociones y con la de los nutrientes de nuestra ingesta, en una universidad uno se podría permitir pensar en la salud mental y nutricional de los individuos.

Estaría entonces cerrando mi ciclo como académico, con mis ganas de crear un restaurante universitario (lo intenté, pero a nadie le pareció un buen negocio), como gerente de la Corporación de Universidades del Centro, sin haber satisfecho mi apetito de crear, definitivamente y en la práctica, lugares comunes de salud nutricional para todos los estudiantes de Bogotá y del país que a diario se adentran por las entrañas de la ciudad y de sus vidas sin tener dónde descubrir lo que es comer bien, tomar bien, en ambientes de fiar.

En este artículo escribí dos veces la palabra gente, “*la gens*”, y me disculpo por mi obtuso, si no humilde, vocabulario. Sé que puede sonar grosero, pero no es mi intención; es como cuando los comunistas usan la palabra “pueblo” para definir a los colombianos: uno no sabe si se trata de uno o de todo el mundo. Es simplemente porque al lenguaje le faltan palabras. Bueno, también nos faltaría una buena revolución industrial para poderlo hacer, pero sería objeto de otro artículo más sangrúneo. O, sin pretensiones, proponer al menos una salsa saludable: la dejo de última tarea, una romesco, que uno se puede untar hasta la saciedad con cualquier comida. ○